



ISSN: 2981-4103 (en línea)

# revista TEXTOS



Escuela de Educación y Pedagogía

L29



**UPB**  
Universidad Pontificia Bolivariana

© **Revista Textos, No. 29**

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana  
Vigilada Mineducación

ISSN: 2981-4103 (en línea)

Periodicidad Anual

Año 2025

Escuela de Educación y Pedagogía

**Gran Canciller UPB y arzobispo de Medellín:** Mons. Ricardo Tobón Restrepo

**Rector General:** Padre Diego Marulanda Díaz

**Vicerrector Académico:** Álvaro Gómez Fernández

**Decano Escuela de Educación y Pedagogía:** Juan Francisco Vásquez Carvajal

**Editor de la Revista:** Mateo Muñetones Rico

**Compiladores:** Juan Carlos Echeverri Álvarez, Mateo Muñetones Rico, Mariana Jaramillo Mosquera y Wendy Gutiérrez Oñate

**Comité editorial estudiantil:** Elizabeth Córdoba Mesa; Ana Sofía Camacho Suárez; Carolina Echavarría Quintero; Salomé Gil Rico; Sara Garcés Villa; María José Vélez Gutiérrez; Laura Victoria Santamaría Trujillo; Sebastián Vélez Vargas; Steward Pérez Epalza; Víctor Manuel Arias Zapata; Isaac Daniel Jiménez Carrascal; Juan Carlos Echeverri Álvarez

**Coordinadora Editorial UPB:** Lisa M. Colorado Rodríguez

**Producción:** Ana Milena Gómez Correa

**Diagramación:** Editorial UPB

**Corrección de estilo:** Ana Isabel Torres

**Dirección Editorial:**

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2024

Correo electrónico: [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co) [www.upb.edu.co](http://www.upb.edu.co)

Medellín-Colombia

**Radicado:** 2310-02-05-24

Para la reproducción parcial o total de los artículos debe citarse la fuente.

Órgano de divulgación de la Escuela de Educación y Pedagogía de la Universidad Pontificia Bolivariana.

# Presentación

## Seminario Autores de la Educación y la Pedagogía

Juan Carlos Echeverri Álvarez

Historiador

[juan.echeverri@upb.edu.co](mailto:juan.echeverri@upb.edu.co)

Mateo Muñetones Rico

Antropólogo

[mateo.munetones@upb.edu.co](mailto:mateo.munetones@upb.edu.co)

## El Seminario

Enfrentarse, en calidad de docente, a un seminario cuya denominación es *Autores de la Educación y la Pedagogía* despierta un conjunto de ideas que se establecen como determinantes. Parecía, inicialmente, que la demanda de este Seminario no era sino la apuesta por levantar acta de la *vida y obra* de un conjunto de personas que, otrora, dijeron algo para las agremiaciones pedagógicas. Esa *vida y obra*, así, en cursivas, es aquí la representación de una ironía: no puede haber una categoría de análisis más viciada que esa; es en sí misma un reduccionismo y una antonimia. Reduccionismo porque pareciera que en esas dos variables se condensa la existencia; antonimia porque recrea una perspectiva dual de la existencia, como si en la vida no hubiese obra, o en la obra no hubiese vida.

Este Seminario nos entera de lo contrario: que los y las autoras de la educación y la pedagogía hablan sobre sí mismas; ficcionan consigo mismas; toman sus hijos y con la crianza en marcha escriben un tratado sobre la enseñabilidad; van al trabajo –no importa cuál sea– y observan los modos en que unos u otros contenidos son enseñados; en fin, entienden su existencia cotidiana y el mundo circundante como pretextos para decir algo sobre la cuestión pedagógica. Y eso resulta revelador, pues deja entredicho que la cuestión pedagógica no es fundada en la pedagogía ni en la acción experimental de pedagogos, sino en la interacción humana espontánea que, en ausencia de la disciplina pedagógica, predispone el carácter antrópico como condición fundante.

Ante esta revelación, podríamos incurrir, sin embargo, en una segunda idea: que la experiencia individual de los y las autoras son el pretexto episódico para referir, justamente, al autor o a la autora. No es así. Mientras el punto de partida para las discusiones del Seminario, como hemos sugerido, es la experiencia cotidiana, el punto de llegada no será, de nuevo, el autor. Ese no sería sino la absurda búsqueda de un perro que persigue su propia cola; como quien rastrea la experiencia de un sujeto para llegar al mismo sujeto. Se trata más bien de encontrar el tercer elemento que permite al perro romper su circularidad, eso es: el contenido. No buscamos, en el Seminario Autores de la Educación y la Pedagogía, el modo de llegar al autor, sino de procurar los vínculos entre su vida, a veces íntima, y aquello que dijo (el contenido) y que se yergue como principio para la educación y la pedagogía. Así que el desencadenamiento transita de la experiencia al sujeto, al contenido, y de ahí en más la ruta puede hacerse infinita. Nos pasamos entre un pretexto y otro procurando reconocer no a los autores, sino a la epistemología pedagógica que fundaron. Con esta última apreciación, la denominación del seminario podría ser tanto *Autores de la Educación y la Pedagogía* como *Contenidos Fundacionales de la Pedagogía*.

Si el punto de llegada es, como hemos dicho, el contenido fundacional de la pedagogía en el mundo, la figura de autor podría presentarse innecesaria. No obstante, la discutimos en el Seminario, pues la autoría, la cual abordamos por su cualidad fenoménica –siguiendo a Foucault–, ocurre entre tensiones asociadas a la censura o a la disposición de postulados pedagógicos que se presentan inapelables en el discurso de las administraciones educativas, y que adquieren su fuerza de la avalancha mediática y comunicacional de la que se jactan; es el caso, por ejemplo, del método Montessori, que ha adquirido una especie de superioridad didáctica que exige ser aplicada en todo el globo, y que se perfila superior a otros métodos y a otros autores que no han sido beneficiarios de tal avalancha. Por lo tanto, los autores no solo son pretexto para discutir los contenidos fundacionales de la pedagogía, sino que son también la evasiva para establecer el debate acerca de la cuestión autor que envuelve a aquellos que, en las universidades del mundo, han sido nombrados como autores de la educación y la pedagogía.

Un historiador y un antropólogo han servido de enseñantes durante el Seminario. Quizá por eso el autor no es sino un pretexto, y se presenta velozmente como innecesario, aunque técnicamente debe ser requerido: nombrarlo es una obligación, aunque su nombre no condense el espíritu del seminario. Este condicionante disciplinar nos obliga, más por desconocimiento que por virtud, a orientar un enfoque que ondea entre lo histórico y lo antropológico, entre el archivo y la fuente etnográfica. Este enfoque ha permitido incorporar el debate acerca de unas posibles autorías colectivas; eso es, no siempre tendremos un nombre-de-autor (de nuevo pensando en Foucault) frente al asunto fundacional de la pedagogía, también podríamos encontrar un conjunto de grupos humanos que, postulados como colectivos-autores, nos entregan entendimiento de lo que humanamente hemos querido enseñar.

Se configura el colectivo-autor, primero, cuando agrupamos un conjunto de individuos en una misma categoría de pensamiento; por ejemplo, cuando agrupamos a Rousseau, Kant y Pestalozzi en la categoría de ilustrados. Segundo, cuando, aun sin nombre-de-autor, reconocemos una autoría; esto sucede, por ejemplo, al abordar los contenidos de pretensión enseñable entre grupos humanos. Revisamos las disposiciones pedagógicas de egipcios, babilonios, indios, chinos, fenicios, persas, judíos, griegos y primeros cristianos (siempre podríamos considerar la Biblia como el primer libro de texto), quienes, con la pretensión de la conservación cultural, respondieron a ¿qué pretende ser enseñado y cómo hacerlo? Estos pueblos, poseedores de sacerdotes, médicos, arquitectos, embalsamadores, escribas, entre otras profesiones, habilitan el fundamento de la enseñabilidad: que otros sepan lo que unos ya saben; que otros sepan lo que yo sé. Este enunciado

origina las profesiones y habilita la labor del enseñante. En consecuencia, estos grupos humanos, que parecieran solo tener utilidad arqueológica, se perfilan en este Seminario como las primeras autorías en pedagogía.

Es un deber, entonces, desmontar las ideas iniciales de abordaje. Las ideas, tal y como las leemos en Kant durante el seminario, nos entregan paralogismos. Hemos descubierto, por mérito de las discusiones con estudiantes, que Autores de la Educación y la Pedagogía extiende la noción de vida y obra, rastrea los contenidos fundacionales de la pedagogía, aborda las tensiones de la autoría y considera las posturas culturales de lo que debe ser enseñado y lo que no.

## La pedagogía en el marco del Seminario

Historiador, antropólogo, ingeniero, médico, arquitecto, biólogo, químico, en general los que se hacen profesionales en campos institucionalizados del conocimiento, adquieren, con la licencia de ser reconocidos como tales, una identidad que a cada uno le distingue de los agentes de otras ciencias y profesiones. Esa identidad, en general, está vinculada a un elemento esencial, constitutivo de la ciencia, la profesión y la identidad gremial; por tanto, elemento que debería quedar al margen de las impugnaciones, las vergüenzas y las impacencias de quienes son sus inmediatos beneficiarios, y tendrían que ser sus cancerberos más alertas y fieros. Extraña cosa sería un ingeniero renegando de la ciencia básica y denostando la figura de Isaac Newton como simple cosa pasada; lamentable el historiador que renuncie a ir al pasado para encontrar las condiciones de emergencia de las problemáticas que nos aquejan en el presente, y que no reconozca en Heródoto un precedente estimulante; perturbado el psicólogo que renuncie a escuchar la voz de sus pacientes para buscar en lo dicho y no dicho el camino hacia la cura, guiado en parte por el susurro de Freud o de Lacan; incomprendible el pedagogo en formación al cual le pesa la pedagogía y no sabe hablar del influjo de Rousseau o de Pestalozzi en su pensar y en su quehacer.

Sin embargo, en la profesión docente ese elemento vital-constitutivo, la pedagogía, está constantemente en cuestión; produce vergüenzas, perplejidades, molestias e incomprendimientos, pero al mismo tiempo es utilizada estratégicamente para obtener posiciones alejadas de la pedagogía misma. Tal vez, en efecto, –y es el guiño de discusión para la comunidad académica institucional– la pedagogía es fardo muy pesado e inútil de llevar para algunas facultades de educación; para algunos programas obligados a construir modelos pedagógicos; para algunas universidades que, en el papel, parecen sentirse orgullosas del suyo, pero a la hora de las conversaciones serias (más o menos privadas) la invitación es a superar el

embeleco improductivo de la pedagogía para hacer cosas prácticas; es decir, que agreguen valor monetizable a la mercancía educación.

Es comprensible la posición de algunos, porque la pedagogía es un concepto elusivo –evita ser aprehendido–; es una palabra incómoda –molesta no saber qué decimos con ella cuando la nombramos–; es un término que parece habitar solo el plano del discurso y no el de las prácticas, porque al pretender aproximarse a ellas pareciera diluirse en didácticas y métodos; además, el estatuto científico de la pedagogía no está bien establecido, tal como decía Foucault sobre la psicología. Muchos la llaman saber, sin saber por qué lo es; otros, con algo de formación alemana, la nombran ciencia, sin tener la conciencia cierta de que en efecto haya traspasado ciertos umbrales epistemológicos; otros más, con poco rigor, le nombran disciplina suponiéndola un conocimiento equidistante entre el saber y la ciencia.

Lo cierto es que existe un contagioso malestar con lo pedagógico. La presencia actual de la pedagogía, fuera de su pura función comercial, fue impuesta por la legalidad colombiana para la vigilancia de la calidad educativa del país, no obstante, con ella sucede lo que sucedía con las órdenes del rey durante la conquista: “se obedece, pero no se cumple”. Y no se cumple, precisamente, por su carácter elusivo, por la incomodidad que genera, por su aparente existencia retórica, por la ambigüedad de su estatuto científico; en otras palabras, porque no sirve para nada. Síntomas de un malestar que comienza en los administradores, pasa fortalecido por los profesores y llega casi mortal a los estudiantes. No hay que preocuparse, hay cura: reconocer, como lo hacemos aquí, que las licenciaturas, los maestros, las universidades y las instituciones educativas pueden sobrevivir sin pedagogía; admitir que sin ese malestar anquilosante se pueden hacer las cosas mucho mejor. Existen mil conceptos que aportan más valor que esta desgastada mercancía.

Empero, al mismo tiempo, y por cierta coherencia profesional, por no decir ética, tan banalizada en la corrección política, pensamos que en las facultades de educación, en las universidades que tienen modelo pedagógico, y sobre todo en las licenciaturas –es decir, en los entornos de formación de licenciados (léase pedagogos)–, la pedagogía no puede ser un curso para contentar a los pobres anquilosados que no han comprendido las cuarta, quinta y sexta revoluciones industriales ni que la IA (inteligencia artificial) ha llegado para quedarse; sino que debe ser una reflexión constante de estudiantes y docentes para tomar decisiones y definir políticas. Tiene que ser el tema más o menos recurrente de comunidades académicas entre formadores de formadores. Y no para imponer su presencia, sino, inclusive, para decretar estoicamente su obsolescencia. Seguramente nadie

la extrañará si le permitimos o le exigimos irse. Lo impropio de profesionales es parecer políticamente correctos frente a ella, o no poder afrontar las batallas de su erradicación, aunque nos cause inclusive, indisposición física cuando se nombra.

*Seminario de Autores de la Educación y la Pedagogía* no es, a nuestro modo de ver, un curso y menos un contenido momificado de esa corrección política. Es, mejor, el guiño todavía no tenido en cuenta por la comunidad académica para indagar por la formación histórica del pensamiento pedagógico, de la relación que tiene con los fines de la educación, con los proyectos de nación y de ciudadano. Ese es un compromiso indeclinable. En las licenciaturas, como en la nuestra, los docentes pueden jugar muchos juegos: a ser literatos, innovadores, informáticos, emprendedores y vendedores de STEM; tal vez, con una comunidad académica unida en torno a la pedagogía logremos que los estudiantes jueguen el juego de ser pedagogos, capaces de preguntarse ¿qué es un licenciado? Y, todavía más importante aún, ¿para qué sirve la escuela y para qué sirven ellos tanto en esta como en la sociedad?

El contenido de esta Revista –tentativas escriturales de futuros pedagogos sobre la construcción histórica de ese pensamiento– es un guiño a la comunidad académica que les forma. Señala de estudiantes que confían en docentes y directivas preocupados por la pertinencia de su saber en un medio contingente, complejo y competitivo; por tanto, guías para vislumbrar las realidades del presente y las tendencias hacia el futuro. Señala de estudiantes capaces de reconocer que se están convirtiendo en licenciados con disposición para la innovación, la tecnología y la internacionalización y, al mismo tiempo, con pensamiento situado; esto es, capaces de responder a los sitios y las situaciones diversas del universo de lo educativo y pedagógico, precisamente, con las herramientas de ese contexto que fuerza sus habilidades y competencias y cuestiona sus perfiles profesionales. Señala que indica, con todo, que ellos pueden ser todo eso y mucho más: pueden estar en la escuela, en las comunidades, en las empresas, en emprendimientos, en la ruralidad, en la universidad, en el extranjero. Pero si todo eso no se ofrece a través de ese elemento vital identitario que es la pedagogía puede parecer simple dispersión, oportunismo o perplejidad.

¿Cómo se ha construido el pensamiento pedagógico en el espacio y en el tiempo, por lo menos desde la formación de los Estados Nacionales? ¿Cómo hemos llegado a ser lo que somos en términos educativos? ¿Cómo deberíamos enfrentar el presente desde la educación para la sociedad? ¿Cómo se forma el pensamiento educativo y pedagógico de nuestros estudiantes? Y más aún, si se nos permite el exceso de pesimismo, ¿hemos sido capaces de implantar un pensamiento pedagógico en nuestros estudiantes? ¿Son capaces de ver el mundo, la escuela y la

educación a través de la pedagogía? Y por último ¿qué significa pensar pedagógicamente? Los artículos no son las respuestas a estas preguntas, pero sí el acicate para que sean respondidas por la comunidad académica de la licenciatura y de la Facultad.

Proponemos desde la licenciatura una batalla que se promueve desde el Doctorado En Educación de la UPB: las luchas por una “pedagogía práctica”; empoderar a la pedagogía como ciencia de la complejidad de la enseñanza. Esto es, profesionales licenciados que portan no solo un saber específico sino una ciencia que sabe y actúa sobre las personas en grupo. Ciencia para la cual la psicología es una disciplina auxiliar y no el referente de poder al cual los maestros, como simples observadores, envían a los niños y jóvenes, muchas veces por comportamientos naturales, para que sean diagnosticados e individualizados. La pedagogía práctica no tolera con facilidad esa remisión porque tiene la autoridad para saber de grupos en procesos de enseñanza y, por tanto, es capaz de resolver, como asunto del orden de la clase, las disrupciones que la psicología pretende convertir en enfermedad mental.<sup>1</sup>

Por supuesto que la Inteligencia Artificial (IA) tiene que ser un objeto que reconozca, critique y asuma el licenciado, pero mucho más importante es la Inteligencia Natural (IN) de los niños y de los jóvenes en la escuela. La pedagogía práctica se pregunta por ella, pero esencialmente, por su funcionamiento en grupo, en la sociabilidad posible en diferentes escenarios; debe ser un mecanismo de cohesión y no un instrumento de individuación y autoculpabilización. Los estudiantes de la facultad tienen que ser profesionales capaces de hacer las preguntas difíciles y molestas y, quizás por esa vía, ellos mismos ser impopulares e inactuales. Es muy fácil promover pueriles juguetos literarios, unirse al coro universal de la defensa de la lectura, repetir el mantra de la innovación, sumarse a la invocación por más neuroeducación. Es fácil, decimos. Lo difícil es poner el paradigma en cuestión al mismo tiempo que se pone en cuestión el profesional mismo, esto es, el pedagogo.

Los estudiantes autores, a los cuales ustedes van a tener el gusto de leer y con los que pueden practicar críticas un poco más indulgentes que las que merece esta presentación, podrían estar en el camino correcto de convertirse en pedagogos de la talla de esos que pusieron aquí como sus objetos de reflexión. Menester formativo que, en cada nivel, en cada semestre, en cada compromiso, tiene en el

---

1 Esto lo desarrolla Juan Carlos Echeverri Álvarez más ampliamente en el artículo, en vías de publicación: ¿Por qué convertir a maestros de escuela en doctores en educación?

norte de los perfiles, la noción de que esos pedagogos, y muchos otros, se conviertan en referentes naturales de los análisis, las búsquedas, los argumentos, las propuestas; que el impulso innovador sea dado por las fuertes bases de la memoria que se reconoce en lo que muchos de ellos hicieron y que, mirado en retrospectiva, también de muchos de ellos puede decirse que fueron innovadores. En estos tiempos del esfuerzo orquestado por quitarnos la memoria, ¿habrá algo más innovador que querer recuperarla críticamente?